templaba en éxtasis. El Capellán cogió la patena, se acercó a la niña y dijo: «Señor Jesucristo; si es tal tu voluntad, desciende y pósate en la patena». La Sagrada Hostia descendió sobre la patena; el sacerdote la tomó y la puso en la boca de Imelda. La niña recibió con gozo la comunión, su primera comunión, y permaneció inmóvil en su sitio. Todas las religiosas, maravilladas y llenas de veneración, dejaron a la niña o jovencita dando gracias a Jesús.

El señor Capellán dijo a la Superiora: «Ha sido la experiencia más emocionante de mi vida». Llegada la hora de la recreación unas horas después, no acudiendo la niña, preguntó la Superiora por ella. La buscaron y la encontraron en la capilla. Pero solo encontraron su cuerpo muerto. El alma se la había llevado Jesús con El al cielo, en el abrazo de su primera comunión, la única de su vida, pero de enamorado amor y entrega.

Los padres, el Conde Egaño y la Condesa Castora, acudieron y quedaron admirados y atónitos ante el hecho exclamando: «Teníamos un tesoro y lo ignorábamos». Y la Superiora comentaba: «Hemos sido testigos de un milagro de Fe, Obediencia, Humildad, Paciencia, Perseverancia, Gratitud y Amor. Por siempre sea alabado Jesús Sacramentado».. Y el pueblo cubrió de rosas su cadáver.

La niña Imelda expiró en el éxtasis de amor

a Jesús en su primera comunión el 16 de mayo de 1333, el día de la Ascensión del Señor. Al cielo se la llevó Jesús. La había comulgado de modo milagroso el mismo Jesús.
(*María Mensajera,* nro. 60, año 1982).

77. – *Santa Catalina de Sena en la comunión y la llaga de Jesús. (1347-1380).* El 17 de Julio (de 1370)..., Catalina esperaba este día con impaciencia para tomar la Santa Comunión. Encontrándose indigna, suplicó al Señor que la purificase... El Padre Tomás celebró el Santo Sacrificio y dio la comunión a su hija espiritual... El Padre preguntó: «¿Por qué tu rostro resplandecía y se hallaba perlado de gotas de rocío?». «Ignoro, Padre mío, el color de mi cara, dijo, pero sé que cuando recibí de vuestra mano la Santa Hostia, vi, no con los ojos del cuerpo, sino con la mirada del alma, una Belleza y experimenté una suavidad que ninguna palabra humana puede expresar. Y lo que así veía me atraía de tal modo, que todas las cosas creadas me producían el efecto de un infecto estercolero... Entonces, supliqué al Señor que me retirase mi voluntad y me hiciese don de la suya, en lo que El consintió en su misericordia, porque me respondió: «Querida hija, te doy mi voluntad, a la que habrás de conformarte en lo sucesivo de tal modo que, sean

cuales fueren los acontecimientos, no puedan turbarte».

Al día siguiente, Catalina confió a su confesor, que durante esta visión, Jesús le había mostrado detenidamente la llaga del costado, como una madre presenta su seno al hijo recién nacido. Y como se hubiese echado a llorar por efecto de un ardiente deseo, la había tomado en sus brazos y aplicado sus labios contra la santa herida... «Mi alma penetró en este asilo, sagrado entre todos, ...y aprendí en él tantas cosas referentes a la naturaleza divina, que no comprendo que pueda seguir viviendo sin que mi corazón se rompa de amar».

«El mismo día, suplicó ardientemente a su divino Salvador, que la quitase su corazón y la diese el suyo en cambio. Entonces, vio a Jesús aparecérsele claramente, tomar su corazón en su pecho y llevárselo consigo.

«Poco después,... el 20 de Julio, encontrándose después de misa en la Capilla de la Volte,... vio de pronto al Señor ante ella teniendo entre sus manos un corazón rojo y resplandeciente, que depositó en su lado izquierdo diciendo: "Hija mía muy amada, como el otro día te he quitado tu corazón, hoy te doy el mío en cambio". Desde entonces, Catalina dijo en sus oraciones: "Señor, te encomiendo TU Corazón" en vez de "te encomiendo *mi* corazón".

Muchas amigas pudieron comprobar una cicatriz en su pecho en el sitio preciso de donde su corazón fue arrebatado. Y, con frecuencia, cuando recibía la sagrada comunión, el nuevo corazón de Catalina palpitaba con tal fuerza que era preciso admitir que aquel corazón no era un corazón humano».
(*Santa Catalina de Siena* por *Johannes Jorgensen* libro II, pfo. IV).

78 – *Santa Catalina de Sena recibe la comunión de Jesús*. Por razones de prudencia humana, el día de San Pablo no daba los sacerdotes la comunión a Santa Catalina. Ella estaba tranquilamente arrodillada sin impacientarse. «De pronto, una claridad celestial la alumbró, y vio, destacándose en un fondo de oro, a Dios Padre y a Dios Hijo, sentados el uno al lado del otro en un trono de gloria, y el Espíritu Santo cerniéndose sobre Ellos en figura de paloma.

Después, en aquel resplandor apareció una mano de fuego sosteniendo una Hostia de deslumbradora blancura, y una voz dejó oír las solemnes palabras pronunciadas por Nuestro Señor Jesucristo la noche en que fue traicionado, cuando habiendo tomado el pan en sus santas y venerables manos, dio gracias, lo bendijo, lo partió y lo distribuyó a sus discípulos

diciendo: "Tomad y comed: este es mi cuerpo... " Bañada por el océano de luz de la Santísima Trinidad, Catalina sintió la Hostia consagrada pasar como un carbón ardiente por sus labios y penetrar en ella como una chispa de fuego».
(*Santa Catalina de Siena por Johannes Jorgensen,* lib. II, prf. V).

79. – *La Misa del P. Cabañuelas en Guadalupe (1441).* Padre Pedro Cabañuelas. Jerónimo, nacido en Valladolid y muerto en Guadalupe en 1441 se distinguió por fama de santidad. La Reina esposa de Juan II, Doña María de Aragón le tenía por confesor, y a la Reina dejó escrito el relato del milagro del cuadro magnífico pintado por Francisco Zurbarán. Yo le copio de la Revista *IGLESIA MUNDO* de la Primera Quincena de Mayo de 1986. Se titula *El milagro eucarístico del P. Cabañuelas.*

«Cuando el P. Cabañuelas iba a celebrar la misa, el Enemigo que le acechaba y perseguía, le *ministraba* duda, indicándole que en la Hostia consagrada no había sangre.

«Entonces, el humilde hijo de San Jerónimo, de rodillas ante el altar, ha consagrado y se inclina para empezar la oración *"suplices Te rogamus"*, etc. y eleva los ojos, que se los ciega una luz vivísima de claras nubes.

«El P. Cabañuelas llora al ver desaparecidas la Hostia consagrada y el Cáliz, sin la hijuela, vacío. Entonces oyó una voz que le dijo: "Acaba tu oficio y sea en ti secreto lo que viste".

«Suplica misericordioso y luego ve descender Pan del Amor en patena resplandeciente, que gotea la sangre divina que borbota en el fondo de la Santa Copa.

«El lego hortelano, el sacristán que ayuda a misa, como todos los días, como siempre, al P. Cabañuelas, no le ha sentido casi llorar y no se ha enterado por tanto, de lo ocurrido, del prodigioso milagro acaecido que se ha obrado en la misa del P. Cabañuelas.»

(El cuadro magnífico se conserva en la sacristía del convento de Guadalupe).

80. – *Santa Catalina Tomás, Agustina. (1533-1574).* Extraordinaria desde niña de siete años. Ya religiosa agustina, «todos los días al comulgar se queda en dulce éxtasis por espacio de veinticuatro horas al principio (de los éxtasis); después, dos y tres y cuatro días; y todos los años, antes de la fiesta de Santa Catalina mártir, queda transportada unas veces trece días, otras catorce, y un año le duró veintiún días sin volver en sí hasta la víspera de la Santa».

(*Año Cristiano Ibero Americano* I. F. de Lemus, día 28 de Julio).

81. – *San Estanislao comulga de mano de un ángel.* Huyendo de Viena a Roma, en un pueblo de paso, «entró a una iglesia con gran deseo y propósito de recibir el Santísimo Sacramento en ella, pero supo que la iglesia no era de católicos, sino de herejes, y quedó sobremanera afligido y desconsolado. Volvióse a Nuestro Señor y suplicóle con afectuosas lágrimas que no le privase del mantenimiento de su alma que tanto deseaba. Oyóle el Señor, y como Padre piadoso quiso consolar a su devoto hijo, y envióle del cielo un Angel de admirable hermosura que de su mano le dio la sagrada comunión».
(*Leyenda de Orò,* y *Año Cristiano,* 13 de XI).

Croisset explica: Mientras estaba dando estas amorosas quejas a Dios, vio venir hacia sí una tropa de espíritus angélicos, y entre ellos uno que traía en sus manos el Pan de vida, y acercándose a Estanislao con aire lleno de majestad, le dio la comunión dejándole en posesión de Cristo.

Santa Teresa de Jesús recibe la Sagrada Comunión de manos de San Pedro de Alcántara asistido por San Francisco de Asís y San Antonio de Padua (Pintura de Claudio Coello).

82. – *Santa Teresa de Jesús y su matrimonio espiritual con Jesús en la Comunión (1515-1582).* Mucho y admirablemente habla Santa Teresa de Jesús del matrimonio espiritual o de la unión íntima de este matrimonio espiritual; ella describe cómo y cuando lo realizó con toda perfección el Señor con ella, y los efectos que en su alma causó, en el año 1572. Dice así:

«Estando en la Encarnación (de Avila), el segundo año que tenía el priorato, octava de San Martín (18-XI-1572) estando comulgando, partió la Forma el Padre Fray Juan de la Cruz, que me daba el Santísimo Sacramento, para otra Hermana. Yo pensé no era falta de Forma, sino que me quería mortificar, porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las Formas (no porque no entendía no importaba para dejar de estar el Señor entero, aunque fuera muy pequeño pedacico). Díjome Su Majestad: "No hayas miedo, hija, que nadie será parte para quitarte de Mí", dándome a entender que no importaba. Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha y díjome: "Mira este clavo, que es señal de que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido. De aquí en adelante no sólo como Creador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera Esposa

mía. Mi honra es ya tuya y la tuya mía". Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quédeme como desatinada, y dije al Señor que o ensanchase mi bajeza o no me hiciese tanta merced; porque cierto, no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día, muy embebida».
(*Cuenta de Conciencia*, 25).

«Un día, acabando de comulgar, me pareció verdaderamente que mi alma se hacía una cosa con aquel cuerpo sacratísimo del Señor, cuya presencia se me representó».
(*Cuenta de Conciencia*, 39).

«Cuando yo me llegaba a comulgar, y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento, y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia, los cabellos se me espeluznaban y toda parecía me aniquilaba».
(*Vida*, 38, 19).

«Y viene a veces con tan grande majestad que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe... ¡Oh, Jesús mío, quien pudiese dar a entender la majestad con que os mos-

tráis! Y cuán Señor de todo el mundo y de los cielos y de otros mil mundos y sin cuento mundos y cielos que Vos creárais».
(*Vida*, 28, 8, 9).

83. – *Santa Teresa de Jesús y Jesús con ella después de comulgar.* «El Padre Fray Manuel Román... dice que, cuando andaban en tantas pruebas de espíritu de la Santa, en las dudas de si era bueno o malo, a un confesor le pareció ser demasiada la frecuencia de Sacramentos, y Nuestro Señor le convenció con ver en ella que el día que comulgaba, tenía en el rostro unos resplandores como si estuviera glorificada, y que llegando al comulgatorio, un día se arrobó y subió tan alta que no alcanzó el sacerdote a darle la comunión, y voló la Forma hasta entrarle por la boca de la virgen».
(*Retablo de Carmelitas* por *Doña María Pinel* I. pag. 61).

Escribe Santa Teresa «Después de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí Nuestro Señor y comenzóme a consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: "Vesme aquí, hija, que yo soy; muestra tus manos"; y parecíame me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: "Mira mis llagas; no estás sin Mí; pasa la brevedad de la vida".

«En algunas cosas que me dijo entendí que después que subió a los cielos nunca bajó a la tierra –si no es en el Santísimo Sacramento– a comunicarse con nadie».
(*Cuenta de conciencia* 13 en abril de 1571).

84. – *Santa Teresa de Jesús recibe la gracia de la sangre de Cristo sensible después de comulgar.* «El Domingo de Ramos, acabado de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera que no podía pasar la Forma, y teniéndola en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre y parecíame estar también el rostro, y toda yo cubierta de ella, como que entonces acabara de derramarla el Señor. Me parece estaba caliente, y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor: "Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hagas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózaslo tú con gran deleite, como ves. Bien te pago el convite que me hacías este día".

«Esto dijo porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibi-

miento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo».
(*Cuenta de Conciencia*, 12, 3 de abril de 1571).

85. – *Santa Teresa de Jesús ve a Jesús coronado de resplandor y luz sobre la Santísima Trinidad.* El 9 de Febrero de 1570 «Acabando de comulgar segundo día de Cuaresma en San José de Malagón, se me representó Nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria, como suele, y estando mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de la corona de espinas, en toda ella... tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota de este paso, consolé mucho y comencé a pensar qué gran tormento debía ser pues había hecho tantas heridas, y a darme pena díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Y yo le dije: "Qué podría hacer para remedio de esto, que determinada estaba a todo". Díjome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa a hacer estas casas, que con las almas de ellas tenía El descanso... que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que El nos ayudaría para que nunca faltase».
(*Cuenta de Conciencia* 9 de Febrero de 1570 en Malagón).

86. – *La Venerable Isabel de Jesús, carmelita Descalza (-1597).* Esta religiosa fue Carmelita de la Encarnación de Avila con Santa Teresa. De las muchas religiosas muy fervorosas de la Encarnación que ayudaron a Santa Teresa en la Reforma de la Orden y abrazaron la Reforma y fueron Prioras y Maestras de Novicias en aquellos principios heroicos, con satisfacción de Santa Teresa, una fue esta carmelita Isabel de Jesús. Murió en Malagón en 1597.

Se arrobaba con mucha frecuencia y por largo rato después de haber comulgado. Diciéndole un confesor que comulgaba todos los días por vanidad, «se retiró a ejercitar las virtudes de humildad y paciencia y a comulgar espiritualmente en un rincón del coro. Estando el sacerdote en la ventanilla del comulgatorio con las formas en la mano para repartirlas a las religiosas, vieron que una de ellas fue derecha a la boca de Isabel de Jesús; quedaron todas admiradas y ella traspuesta en el Santísimo, que llenó de singular dulzura y regalo su alma...»

«No sólo fue este el favor que recibió del Santísimo Sacramento, porque Su Majestad, pagándole la gran devoción que tenía, le concedía que, aunque era muy ciega, siempre viese la Hostia oyendo misa como si tuviese los ojos muy claros». (Quedó ciega los dos últimos años).

(*Retablo de Carmelitas* por *Doña María Pinel*, IV).

87. – *Catalina de Jesús, terciaria carmelita seglar. (1555-1612).* De Sevilla, alma de mucha oración. Dios la hizo muchas mercedes. preguntándola si quería morir, dijo que sí. ¿Y cuándo? Contestó: Enseguida. «Cierto día, por haber estado en oración toda la mañana, se la pasó el tiempo y, cuando quiso comulgar, encontró todas las iglesias cerradas por ser ya las doce. Milagrosamente, se abrieron las puertas de la iglesia del convento de la Victoria, recibiendo la comunión de mano de los Angeles». (*Año Cristiano Carmelitano,* 28-X).

88. – *Santa María Magdalena de Pazzis.* Va en vuelo al altar del Santísimo. En el carnaval de 1585. La comunidad congregada en el coro adoraba el Santísimo expuesto con motivo de las Cuarenta Horas. De rodillas en su lugar, Santa María Magdalena tenía los ojos fijos en la Sagrada Hostia; de repente, el Divino Esposo la arrebató hacia Sí, con ta fuerza, que, como volando... se fue al escabel del altar. Su mirada «despedía viveza, alegría y gracia»; llevaba los brazos abiertos de modo que «parecía un ángel que iba volando por el coro». Llegada

al altar, acercóse a él con tanta vehemencia que parecía iba a abrazar el santo Ciborio... Pero ladeando hacia una parte se quedó arrobada en éxtasis, con las manos juntas apoyadas sobre la sagrada mesa, y los ojos fijos en su Amor Sacramentado. Inmóvil y silenciosa, sólo pronunció estas palabras: «No más pecados, no más pecados»; y amargas lágrimas rodaron por sus mejillas. Tres horas duró aquel arrebato.
(*Santa María Magdalena de Pazzis* por una *Monja del Monasterio.* Cpl. XXVI).

89. – *Santa María Magdalena de Pazzis. Jesús la dio la comunión.* Dios quiere, a veces, satisfacer milagrosamente esta amorosa hambre (de comulgar). Por tres veces el mismo Jesús la dio la comunión mientras estaba en el éxtasis, y una vez se sirvió para ello de un Santo, hermano suyo. El Padre confesor estaba enfermo y no podía ir al monasterio a dar a las religiosas la comunión. Ellas, reunidas en el coro, la suplían con la comunión espiritual. Santa María Magdalena vio a San Alberto, Carmelita, que con el copón en la mano, «daba la comunión a todas las religiosas que sentían deseo de ello». Después salió del coro y fue a las que estaban empleadas por la obediencia en otra parte, y le dijo: «Mira, hija

mía, aunque ellas no sepan que les he dado la comunión, ni lo han visto, con todo, gozará de los mismos dones y gracias que si hubieran comulgado».
(*Santa María Magdalena de Pazzis*, Cpl. XXVII).

90. – *Santa María Magdalena de Pazzis. Ven desaparecer una Forma.* «Una religiosa enferma mucho tiempo, sólo alguna vez podía ir a comulgar. Un día se desahogó con Santa María Magdalena. ¿Quién mejor que aquel serafín podía entenderla?... A la mañana siguiente, cuando la prolongada hilera de Carmelitas se acercaba al comulgatorio, llegado el turno de la enferma, el sacerdote vio que desaparecía de sus manos la sagrada Forma. "Y yo vi la Hostia volar hacia nosotras por espacio de cosa de un brazo"... Depone Sor Agustina Bagnesi, Sor Magdalena estando en su lugar sonreía dulcemente».

Por mucho que se buscó y por mchas diligencias que se hicieron, no fue posible dar con la sagrada partícula. «Fui después a ver a Sor Querubina (la enferma), dice Madre Evangelista, y la hallé muy contenta... Me dijo había rogado a Sor Magdalena que la enviase a Jesús, y en el tiempo en que comulgaban las hermanas, se había sentido unida a El y probado con gran

contento y alegría, como si hubiera recibido en verdad al Santísimo Sacramento».
(*Santa María Magdalena de Pazzis*, id. cpl. XXVII).

91. – *Santa Rosa de Lima. Efectos de la comunión. (1586-1617).*Su vida extraordinariamente heroica. Fue la primera santa canonizada de América y su patrona. «Se preparaba para cada comunión como si hubiera de ser la última de su vida; ayunaba la víspera y tomaba una sangrienta disciplina, y el día de la comunión se confesaba con muchas lágrimas, como si fuera la mayor pecadora del mundo, siendo su vida inculpable e inocente... Con esto la entraba tan en provecho este divino manjar, que, como ella misma decía, no tenía palabras para explicar los regalos, dulzuras y mudanzas que causaba en su alma. Y bien se manifestaban los efectos interiores del alma por los exteriores que causaban la comunión en el cuerpo, porque fue visto muchas veces su rostro lleno de resplandores después de haber recibido la sagrada Forma. Comunicábale tantas fuerzas y aliento este manjar, que muchas veces al ir a comulgar iba sin fuerzas ni aliento por la mucha flaqueza ocasionada por los ayunos y penitencia, y después de haber comulgado volvía a su casa con tanta ligereza que su madre no podía seguirla».

(*Leyenda de Oro*, 30-VIII).

92. – *Venerable Isabel de Santo Domingo, Carmelita (1537-1623)*. «Los días que comulgaba, era frecuente ver a Jesucristo glorioso y resplandeciente como cuando salió del sepulcro».
(*Año Cristiano Carmelitano, 13 de Junio*).

93. – *V. Ana de San Agustín, Carmelita (1555-1624)*. Solía decir que, cuando comulgaba, recibía tanta gracia que no envidiaba a los Angeles del cielo, si no es en la estabilidad. Este era su alimento con el que sustentaba su cuerpo el día que comulgaba. ¡Cuántas veces veía en forma corporal a Jesús en la Hostia! Solo una trascribiré.

«Llegando yo a comulgar, vi a Nuestro Señor, como suelo, en el Santísimo Sacramento y me dijo: "Come, hija, que soy pan de trabajadores"... Preparé una capillita, que aunque pequeña era nueva y limpia... Anduve en prepararla muy solícita en preparar el altar, barrerla y adornarla... Y el dia de Todos los Santos mudamos a ella el Santísimo Sacramento. Llegando yo a comulgar, vi a Cristo, como cuando andaba por el mundo, y me abrazó, causándome uno de los mayores consuelos de mi

vida, con gran ternura y regalo interior y exterior, y esta suma grandeza se me mostraba muy agradecido a tan pequeño servicio, y con muy suaves palabras me dijo que a mí y a una monja, que me había ayudado, nos daría el cielo».
(*Autobiografía*).

94. – *Venerable Margarita del Santísimo Sacramento, se la apareció Jesús en la Hostia. (1619-1648)*. Entró Carmelita Descalza en Beune, a los 11 años, el 24 de Septiembre de 1630, en cuyo día hizo su primera comunión... En este primer encuentro con Jesús, se le apareció en la Hostia Santa haciéndola comprender que la tomaba por esposa y la concedía la gracia de que siempre fuera fiel. Fue alma muy excepcional. No oía ni las conversaciones, ni los ruidos, ni aun cañonazos, que no trataban de Dios o de los actos religiosos. Se llamaba «la que pertenece al Niño Jesús».
(*Año Cristiano Carmelitano*, día 26 de Mayo).

95. – *Juana Bautista Giménez de Quesada, Carmelita. (1570-1630)*.Fue Carmelita en la Encarnación de Avila con vida muy santa y muy probada por Dios. Su devoción a la Eucaristía, muy grande. «Estando en una enferme-

dad, de las muchas con que Dios la santificó, con vivas ansias de verse en presencia del Santísimo, la consoló Nuestro Señor con hacerla patente el altar mayor».
(*Retablo de Carmelitas*, por *Doña María Pinel*, VI).

Sus desposorios con Jesús después de la comunión. La hizo esta merced el Señor acabada de comulgar en el coro bajo (de la Encarnación de Avila) con las mismas palabras que tantas veces solía decir a mi Madre Santa Teresa: «Tú eres mía y Yo soy Tuyo», dándola la mano de esposa y favoreciéndola como tal, asistiendo la Santísima Trinidad y siendo padrinos la Virgen Nuestra Señora y Nuestro Padre San José». «La dijo en otra ocasión, que la dieron la comunión dos veces: Yo para ti vine; aquí verás lo que te quiero... mis delicias son estar contigo».
(*Retablo de Carmelitas*, id. VI).

96. – *Beata María de Jesús, Carmelita Descalza. (1560-1640).* Favores por sus comuniones. Santa Teresa de Jesús la llamaba su «letradillo» por las luces sobrenaturales que Dios la había comunicado. El día que comulgaba «pasaba en continua acción de gracias hasta el extremo de no poder pensar en otra cosa, por-

que el Divino Huésped ocupaba toda su atención, ni la era posible tomar alimento alguno aunque estuviese enferma, pues su estómago no lo admitía... Dios recompensó esta devoción con extraordinarios favores hechos a su Sierva en la misma comunión, ya descubriéndosela bajo diferentes formas, ya conservando en su interior las Especies Sacramentales durante todo el día que le había recibido, ya comunicándola luces sobrenaturales desde la Sagrada Hostia...»

«Un día, acabando de comulgar, vio que el Padre Eterno se regocijaba en su Divino Hijo, por tener tal esposa en virtud de su Sangre preciosísima. Vio que el Hijo daba gracias al Padre por haber merecido con su muerte la redención de esta alma; vio... que ambos se gozaban con el Espíritu Santo como amor y fuego y lazo del Desposorio de Jesucristo con ella».

(*La Sierva de Dios Sor María de Jesús Carmelita Descalza* por el *P. Joaquín de la Sagrada Familia* Cpls.. XX y XV, *El Letradillo de Santa Teresa* por el *P. Evaristo de la Virgen del Carmen*, Cpl. 25).

97. – *Venerable Mariana Francisca de los Angeles, Carmelita. (1637-1697).* Nacida y muerta en Madrid. Su vida fue muy excepcio-

nal con numerosísimas comunicaciones místicas. «Todas o las más mercedes que Dios la hizo, fueron o acabando de comulgar o en la Hostia al tiempo de alzar en la misa», dicen las religiosas.

Del matrimonio espiritual que Dios la hizo, escribe ella misma: «Así llegué a comulgar, y en este punto tuve un total arrobamiento, y el mayor que he tenido antes ni después... Víme metida en la grandeza de Nuestro Salvador, y como una esponja me parece que era penetrada mi alma de aquel muy precioso licor... Entendí el exceso de amor con que aquel día derramó el manso y soberano Cordero su muy preciosa Sangre, y cómo las almas que llegan a unirse con Su Majestad en grado tan alto han de ser tan amadoras y con tanta prontitud, que han de estar con determinación a derramar toda su sangre por el bien de sus hermanos. Porque así como una buena mujer ayuda a su marido a las granjerías y trabajos, así la verdadera Esposa de Cristo, que ha de entrar a la parte de los bienes de Cristo, del Padre y del Espíritu Santo, recibiendo de todas tres personas dones divinos y eternos, ha de trabajar y padecer con Cristo sin cansarse ni dejar cosa de las que pueda por el aumento de la hacienda y posesión del Divino Cordero, que consiste en el logro de su preciosa Sangre. Para todo hallé en mí determinación.

«Vi y conocí que se me daba parte de la Sangre del Señor como en posesión, para que yo repartiese de ella como tesoro precioso y de infinito valor, para que de él y de todos los tesoros del Divino Cordero repartiese a mi deseo con los prójimos... Yo me vi metida y anegada en aquella Sangre muy preciosa y como unida con Dios en un grande acto de amor y unión... de modo que mi voluntad fue como pasada a la del Señor y como hecha de las dos una sola voluntad.. Dios hacía como alarde de que todos viesen su divina misericordia en levantar una esclava tan vil a tan suma dignidad. Por lo cual todos los espíritus celestiales y Santos le daban alabanzas y se oían músicas muy suaves.

«Ultimamente, yo le dí a mi Esposo lo que pude, que fue mi voluntad con todas las veras que pude para que de mí hiciese como cosa suya...

«De mi Esposo recibí yo afectos amorosísimos, los méritos de su vida, pasión y muerte. Del Padre como una palabra de certeza de mi predestinación... Del Espíritu Santo también recibí otro bien asegurándome me repartiría y comunicaría de sus divinos dones... Quedé cierta de que ya Nuestro Señor había cumplido su palabra celebrando con mi alma Matrimonio como se permite en este destierro».
(*Vida de la M. Mariana Francisca de los An-*

geles por el *P. Alonso de la Madre de Dios*, lib. I, Cpl. XXIII).

98. – *El barco Alfonso XIII desencalla al tiempo de la Consagración.* El 21 de Junio de 1902 el hermoso trasatlántico Alfonso XIII, que había salido de La Habana con rumbo a La Coruña, estaba varado en el arrecife Molases, cerca de la Florida, víctima de una derivación de la corriente. El vapor noruego DIANA, que pasó cerca, hizo esfuerzos extraordinarios para sacar el buque de aquel estado, pero inútilmente.

Viéndolo todo perdido, se celebró la Santa Misa a la que asistieron todos los de la tripulación con gran devoción, como si fuera la última que oyeran en su vida, y en el momento de la elevación de la Hostia Santa, el barco se deslizó suavemente por encima del arrecife y poco después flotaba en alta mar, pudiendo así continuar su viaje».
(*Nuevo Catecismo Español en ejemplos* por *Ramón J. Muñana, S. J.* pág. 1401).

99. – *Se salva una barca y sus marineros por la plegaria de la Misa.* En octubre de 1884, dice un misionero católico del Indostán, vinieron a mí seis marineros con las lágrimas en los

ojos, diciendo: «Habíamos medio cargado una barca, donde estaban diez marineros a la desembocadura del río; de repente, se levantó un fuerte viento del suroeste y arrastró la barca hacia alta mar, siendo imposible hacerla entrar en el río o dirigirla hacia Ceilán. Los marineros se encuentran en alta mar y el viento sigue tan violento, que la barca apenas podrá sostenerse dos horas y todos perecerán. Te pedimos, Padre, que hagas que se mude el viento». –«¿Mudar el viento? Esto solo lo puede hacer Dios». –«Mas si tú se lo pides a Dios, el viento se mudará fácilmente». –«Pues bien, ya que tenéis tanta confianza en Dios, El escuchará vuestras súplicas pidiéndolo vosotros; yo os prometo que también se lo pediré».

Volvieron al día siguiente muy de mañana, muy desolados, pero no sin alguna esperanza. «La barca no se ha vuelto a ver, decían; el viento sopla con fuerza; la mar está alborotada.

Hemos hecho voto de hacer decir una misa por nuestros compañeros, y si vuelven sanos mañana, haremos celebrar otra para dar gracias a Dios...»

Se dijo la misa a la que asistieron aquellos buenos marineros y una vez terminada, se dirigieron a la orilla del mar en busca de la barca. Grande fue su admiración y alegría cuando la vieron venir con un viento suave, que condu-

cía a tierra. Al día siguiente, se celebró la misa ofrecida en acción de gracias.
(*Nuevo Catecismo Español en ejemplos* por *Ramón J. Muñana*, nro. 4063).

CAPÍTULO XII

LA EUCARISTIA UNICO ALIMENTO DURANTE ALGUN TIEMPO

100. – *San Pedro Damián. (1007-1072).* Dice de la devoción al Santísimo en ese tiempo, siglos XII y XIII, «personas... pasaban días y días sin otro alimento que la Eucaristía; casos como el del obrero sepultado en la mina, a quien según San Pedro Damián, una paloma le traía diariamente el sustento, porque su mujer ofrecía por él una misa cada día».
(*García Villada:* Historia de la Iglesia).

101. – *Santa Mariana de Jesús Paredes y Flores. (1618-1645).* Estuvo siete años sin alimentarse. Muere muy jovencita, a los 27 años, en Quito, donde había nacido. Su vida fue de extremecedora penitencia, tanto más de admirar por haber vivido en el enervante clima del trópico, durmiendo, si podía, en una cama im-

posible de resistir, echada en la escalera sobre los peldaños atravesados. «Durante los siete últimos años de su vida no tiene otra comida que el Pan de los Angeles. Así lo depusieron con su confesor veinte testigos más. A su fiel amiga Catalina, que se sorprende de verla vivir sin tomar alimento, Mariana la dice cariñosamente: Calla, tonta, que para eso voy a la Compañía de Jesús a comerme un cordero entero que me basta para sustentarme».
(*Año Cristiano Ibero Americano*).

102. – *Portentos en Santa Catalina de Sena (1347-1380).* Me parece muy conveniente y que excita la devoción, poner aquí como en breve resumen, tomados de *La Leyenda de Oro*, los cuales trae más extensos, pero en distintos lugares de la Vida de la Santa, Johannes Jorgensen.

La Leyenda recopila, muy resumido, ésto: «Entre los otros amorosos y devotos afectos que el Señor comunicó a esta virgen, fue una singular devoción al Santísimo Sacramento del Altar, el cual era tan encendido y tan abrasado, que el día que no comulgaba parecía que había de expirar, y en comulgando era tan sobreabundante la consolación divina que recibía su alma, que de ella redundaba en el cuerpo, y le hacía vigoroso, sin tener necesidad de

comer manjar corporal, ni poderle tomar sin pena. Tomó el demonio esta ocasión para afligir a la virgen poniendo sospecha de engaño en lo que hacía, y engendrando escándalo y murmuración entre la gente, no solamente común, sino también entre la espiritual y devota, y entre su mismo confesor, que a la sazón era Fray Tomás, de la Orden de Santo Domingo, el cual la apretó para que comiese, tan fuertemente, que por obediencia casi perdió la vida.

Y para quitar la ocasión de aquella admiración y escándalo a los que murmuraban, se sentaba con los demás a la mesa, y procuraba pasar el zumo de alguna cosa; pero era siempre son tan grande pena y detrimento de su salud, que luego comenzaba a dar arcadas, y no se sosegaba hasta que lanzaba aquella poca sustancia que había comido, tomando aquel tormento por satisfacción de sus pecados y alabando a Dios que por aquella manera los castigaba en esta vida y no guardaba el castigo para la otra. Y solía decir cuando iba a la mesa: «Vamos a tomar el justo castigo de esta miserable pecadora». De esta tribulación y persecución también la libró Nuestro Señor, porque sus mismos confesores conocieron que la santa virgen era guiada de Dios, y la mandaron que no se hiciese aquella violencia en el comer».

Con sola la comunión pasó Cuaresmas enteras sin probar otro alimento.

«Después que bebió del costado de Cristo, quedó tan cautiva y presa de la dulzura de su Amado, que estaba siempre en una contemplación altísima absorta, quedando la parte del alma sensitiva como destruida de sus acciones. Una vez, haciendo oración a su Esposo, y suplicándole que quitase de ella su corazón y la propia voluntad, le pareció que venía Cristo y le abría el lado izquierdo y le sacaba el corazón y se iba con él. Y aunque pareció esto a su confesor cosa increíble, porque ella decía que no tenía corazón, todavía lo que se siguió dio muestras de que era verdad; porque de allí a algunos días, queriendo esta virgen salir de una capilla de Santo Domingo, le apareció el mismo Cristo resplandeciente, que traía en la mano un corazón colorado y muy hermoso y llegándose ella se le puso en el mismo lado izquierdo, y le dijo: Hija mía Catalina, ya tienes por tu corazón el mío, y cerróle el costado... Antes de esto en su oración solía decir a su Esposo: Señor mío, yo os encomiendo mi corazón, y después decía: Esposo mío, yo os encomiendo vuestro corazón».
(*Leyenda de Oro*, 30-IV).

103. – *P. Pio de Pietralcina, Capuchino. (1887-1968)*. La Eucaristía le alimenta. El Maestro de Novicios de Padres Capuchinos,

«se dio cuenta de que aquel novicio vivía sin tomar alimento, sostenido solamente por la comunión. El Maestro de los novicios se resistía a creer la verdad de aquel misterio, y para comprobarlo, le prohibió comulgar. El Hermano Pío obedeció fielmente, pero se sintió morir. Ante los resultados, el Maestro suprime la prueba y el futuro estigmatizado recobra sus fuerzas alimentándose con el Cuerpo de Cristo».
(*El Padre Pío de Pietralcina* por *Francisco Sánchez-Ventura.* Cpl. II Pág. 42 de la edi. II).

Nota. En el Prólogo, dice: «Para Isabel de Reuto como para Nicolás Von Flue, la comunión era el único manjar con que se alimentaban, obteniendo la energía suficiente para desplegar su vida de oración, trabajo y expiación...»

CAPÍTULO XIII

MARAVILLAS OBRADAS DIRECTAMENTE POR LA EUCARISTIA

104. – *San Ambrosio (340-397) y San Sátiro, su hermano (-392). Le salva la vida la Eucaristía.* San Ambrosio, en una homilía, dice cómo su hermano Sátiro llevaba consigo la Eucaristía, santa costumbre de los primeros siglos en algunas circunstancias especiales, y por ella en un naufragio salvó la vida. Dice San Ambrosio: «Sátiro, antes de estar iniciado en los más altos misterios de la fe, se encontró un día envuelto en un terrible naufragio, pues la nave que lo transportaba, deshecha por el oleaje, vino a estrellarse en un acantilado lleno de escollos. Aunque no temía la muerte, no quiso abandonar la vida sin el auxilio de los misterios. Por eso pidió a los iniciados que le dieran la Eucaristía...

«Entonces, encerró el Sacramento en una

bolsa, que se ligó al cuello, y se arrojó al mar, sin agarrarse a ninguna tabla de la nave y provisto sólo del arma de la fe. De esta manera, considerándose bien defendido, no necesitó ayudas. Con la Sagrada Eucaristía salvó la vida».
(*San Ambrosio*, «De exitu fratis sui Satiri»).

105. – *El Milagro del Corpus de Segovia (1410).* Corría el año de gracia de 1410. A primeros de Septiembre, el sacristán de la iglesia de San Facundo, se presentó en la casa de Don Mayr, médico y prestamista judío a solicitar del mismo un préstamo de dinero, que el sacristán adeudaba y tenía por fuerza que pagar al día siguiente, bajo la amenaza de muy severas penas. Don Mayr que se había negado rotundamente a facilitarle la suma pedida, tuvo de pronto una idea diabólica y le prometió darle la cantidad si a cambio de ella le hacía entrega de una Hostia consagrada de las que hubiese en el Sagrario.

Vaciló, pero acuciado por la necesidad, consintió en realizar lo que Don Mayr le demandaba. Cuando aquella noche quedó solo en la iglesia, abrió el sagrario y extrajo del copón una de las Hostias consagradas, de la cual hizo entrega a Mayr, poco después, en la calleja del Malconsejo, donde vivía. Ya dueño de la